

La Aurora.

PERIODICO SEMANAL

DE

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

ARQUITECTURA.



N nuestro número anterior manifestamos qué se entendía por Liceo entre los Atenien- ses; y que, destinado este célebre gimnasio á instruir á la juventud en todas las artes úti- les de la paz y de la guerra, fueron objeto prin-

cipalísimo de sus tareas la arquitectura, la escultura y la pintura: hablamos del origen de la primera de estas tres artes, é hicimos una reseña de sus progresos en Oriente hasta que sus envidiadas monarquías y sus temidas repúblicas vinieron á ser otras tantas provincias del im- perio de los Cesares.

Los romanos, que habían adquirido de los pueblos de Oriente el buen gusto é inteligencia en la construc- cion y adorno de los edificios, añadieron á los tres órde- nes griegos el toscano, á que dieron nombre los etrus- cos sus inventores, y cuyo carácter es robustez y sen- cillez; y el compuesto que tiene por objeto la reunion de la mayor riqueza arquitectónica. Los 500 templos que nos dice la historia reunió un día la capital del im- perio, y el sinnúmero de anfiteatros, acueductos, basili- cas, puentes, palacios, sarcófagos y tantos otros monu- mentos como la distinguieron, é hicieron de la ciudad de Rómulo el pueblo más rico del universo, bastáran y aun sobráran á persuadirnos de los progresos de la pri- mera de las bellas artes entre los romanos, si en los pue- blos á donde llevaron su vasta dominacion, no existie- ran afortunadamente obras semejantes que, superiores al peso de los siglos, nos revelan hasta que punto llegó el esplendor de la aquitectura greco-romana todavía en su ordinario brillo bajo el imperio de Septimio Severo, esto es, cuando ya contaba más de 200 años de gloria.

Díganlo entre nosotros el magnífico puente de granito que Trajano hizo construir en Alcántara. El que Constantino mandó reedificar sobre el Jabalon cerca de la ciudad que dió nombre á la region *Oretania*: el anfitea- tro de la antigua *Clunia*, hoy Coruña del Conde, cu- yas gradas se ven abiertas á pico en durísima peña: el acueducto de Cayo Quirino en el municipio romano *Fons Melaria*, ahora Fuente-Obejuna: el que se cono- ce en Sevilla por los caños de Curmona: allí mismo la Torre del Oro: el célebre faneó *specula de Brigantia* en la region de los *Artabros*, llamada la fuente de Hércu- les en la Coruña: los magníficos restos que todavía os- tenta Mérida de la pasada grandeza de la *Emerita Au- gusta* en su soberbio anfiteatro, en la naumiquia, el cir- co mácsimo, el arco de Trajano y los algives: no lejos de Tarragona el monumento triunfal llamado arco de Berd: en la ciudad la torre entre otras de los Escipio- nes, y las suntuosas reliquias del palacio de Octaviano Augusto, y de los templos, arcos, anfiteatros, acueduc- tos, y tantos otros portentosos edificios que muestran la magestad de los Cesares en cada lápida, en cada re-

lieve de aquella poblacion, y que obligaron á decir de ella: »*Tarraco cuanta fuit ipsa ruina docet.*» Díganlo los vestigios del camino romano de Vinuesa que comu- nicaba á la *Visancium de los Palendones con Cesar- augusta*, y los de la Calzada de la Plata en Salamanca que conducia á Mérida desde el centro de los *Vectones* en la Lusitania: los testimonios de esplendor que toda- vía se admiran en aquella ciudad que llamó Poibio Ta- ller de la guerra, *la Cartago nova*: los del alcazar y demas obras de fortificacion en la que fue *Segobriga* de las cuales se conservan torres enteras que arguyen la im- portancia militar que los Celtiberos dieron al cerro lla- mado Cabeza del Griego: y tantos portentosos residuos de la gloria artística en aquellas remotas épocas como á despecho del tiempo y de la barbarie nos ofrecen aun los angulos todos de la península.

Más en el reinado de Galiano dió ya la arquitectura las primeras muestras de su decadencia, y corrió apre- suradamente á su ruina, hasta los días de Constantino, en que la consumó la traslacion á Vizancio de una sede, que por tantos siglos había hecho de la ciudad divini- zada la cabeza y la maravilla del Orbe.

No tardó en suceder á esta época fatal la emigracion de las naciones del Norte para opoderarse de las del Me- diodia; y aquellos bárbaros que no conocian mas ejerci- cio que el de las armas echaron el sello á la destruccion de las bellas artes reduciendo á pavesas los mas hermo- sos edificios. Tal vez edificaban; mas sus monstruosas obras consistian de ordinario en elevar sobre trozos de columnas romanas paredes toscas y arcos rebajados, que daban por resultado un coloso grosero sobre basa de- licada y pigméa.

Más arte que estos mostraron en la construccion aquellos conquistadores que nos pinta la historia, á un tiempo mismo enamorados idolatras, devotos fanáticos y guerreros frenéticos; pues si bien es cierto que los árabes, al paso que adoptaron algunas partes principa- les de la arquitectura que hubieron de los egipcios y de los griegos, la cargaron de manera de adornos arbitra- rios y engalanaron con novedades tales, que ofrecieron un orden desconocido, mas análogo á sus tendencias que á la sencillez y gravedad atica y á las reglas del buen gusto, es de confesar sin embargo que, como han reco- nocido escritores respetables, la arquitectura arabe en general era tosca, si, en las viviendas comunes; pero só- lida y de pinsosa duracion en los acueductos y algives, robusta y pesada en las fortalezas, y rica y ostentosa en los palacios y mezquitas. Nuestro suelo se halla cu- bierto de testimonios de esta asercion; mas no abusa- remos de la paciencia de nuestros suscritores citando lo que todos saben. Prueban demasiado al que dudase los muros de Talavera de la Reina, el puente de un solo arco que con el nombre de Alcántara posee Toledo so- bre el Tajo, los monumentos mahometanos que Sevilla contiene en su recinto, y los que en Córdoba y Grana- da prestaron al cantor de *Los Mártires* los preciosos colores con que embelleció, acaso, las mejores páginas

de su abencerraje; esa Alhambra, sobre todo, de cuyo mágico palacio dijo Chateaubriand, entre otras cosas, que le pareció « digno de visitarse aun después de haber visto los templos de la Grecia.»

Un nuevo género de arquitectura apellidado de cestería por alusión á su adorno, y al cual impropiamente se da el nombre de gótico puesto que los godos no lo conocieron, sucedió al greco-romano: este orden que con mas propiedad pudiera llamarse greco-germánico pues que lo pusieron en ejercicio en Europa los artifices alemanes que lo habian aprendido de los cruzados, ofrecia entre otras novedades la de revestir las columnas de grupos de otras muy delgadas las cuales ascendiendo desde el zócalo á los capiteles se estendian despues por las bóvedas á manera de ramas, imitando á las palmeras de Palestina. De esta época tambien la forma puntiaguda de los arcos y ventanas que los árabes construyeron en figura de media luna, los vidrios de colores y la riqueza de los pórticos y campanarios. Los profesores afirman de este género de arquitectura, admirado hoy en una gran parte de nuestras basílicas, que reúne á la firmeza y proporciones artísticas mas altura y desembarazo y no menos elegancia que los monumentos greco-romanos. A la vista tenemos el magnífico templo del Salvador, y esa Lonja debida á la paternal solicitud del arzobispo D. Hernando de Aragon; á carecer esta ciudad de testimonios tan expresivos hubiéramos descrito la esvelta catedral de Leon, fabrica milagro que á 303 pies de longitud y 128 de latitud, reúne una elevacion de 125 pies sobre muros de uno y medio de espesor en su basa, y menos de un pie en su mayor altura; y hubiésemos hablado de las que en Astorga, Búrgos, Huesca, Oviedo, Plasencia, Sevilla, Toledo y tantos otros pueblos de la península patentizan que en nada ceden á las mejores obras del gusto germánico las que en aquella memorable época de la arquitectura se erigieron entre nosotros.

Entre nosotros fue tambien, y en los dias de aquel monarca á quien la política estrangera llamó el hipócrita, al paso que la historia contemporánea el prudente y las bellas artes su protector; cuando admitido de nuevo en España el estilo greco-romano llegó en ella la arquitectura al colmo de su esplendor, merced al impulso debido á un príncipe, que dió á las nobles artes un modelo, al mundo una nueva maravilla, y la ocasion de immortalizarse á Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, de los cuales el primero trazó, y el segundo aumentó y puso término á *el Escorial*.

No haremos mérito del caprichoso sistema churrigueraico que desgraciadamente logró generalizar á principios del siglo 18 el cabiloso Salamanquino hasta hacer casi desaparecer de nuestro suelo las formas y el buen gusto de la arquitectura. Vengaron ya aquella época fatal la generosa proteccion que los Felipes y Carlos de Borbon dispensaron á las nobles artes, y la feliz disposicion que los restauradores de la arquitectura española Rodriguez y Villanueva desplegaron, entre mil otras obras que ya trazaron, ya construyeron ó perfeccionaron, en el suntuoso alcázar de Manzanares, en los palacios del duque de Liria y conde de Altamira, en el lindo oratorio del caballero de Gracia, la academia de bellas artes, el cementerio de la puerta de los Pozos y la casa del Saladero en Madrid: allí mismo en el Museo del Prado, sorpresa de estrangeros que no saben separarse de su elegante fábrica: en los Reales Sitios de Aranjuez y de S. Lorenzo: y entre nosotros en el magnífico y esvelto tabernáculo de la Patrona de Aragon.

No pondremos fin á este artículo sin hacer mérito de los que en la arquitectura hidráulica contrajo nuestro olvidado Pignatelli á cuyo raro talento, envidiable celo, actividad sin ejemplo y constancia aragonesa, debemos la existencia de ese Canal Imperial que encontrara principiado apenas, y llevara al través de dificultades invencibles antes de seis dias al brillante estado

en que su sucesor el conde de Sástago nos la pintó. Nos referimos á la descripción que este protector dió á luz en 1796, porque el estado deplorable á que causas bien conocidas tienen hoy reducida aquella interesante empresa dista sin duda tanto del en que le dejara el célebre aragonés, cuanto nos separa de él la falta de gratitud á los beneficios á que le somos deudores. Seran estos un dia objeto de otro artículo. En tanto permítansenos lamentar en la oportunidad nuestro invariable carácter. Mil y mil veces hemos pisado las orillas de Miraflores con la misma indiferencia con que vemos la columna de aire que pesa sobre nuestras cabezas ó girar en torno nuestro no sin peligro el fogoso atazan del mandarin que nos oprime. Alguna vez acaso nos hemos parado aunque ligeramente á cotejar lo que es y lo que fué Torrero, y no hemos podido rechazar la idea inmediata de elevarnos hasta el origen de la acequia Imperial, pensar en su portentosa presa, en sus magníficas obras, en las dificultades que arrojó su digno director en las ventajas recabadas por su construcción y en las incalculables que al Aragon y aun á la Península entera diera su terminacion. Pero ¡extraña anomalía! En 47 años que han transcurrido despues de los dias del canónigo Mora (*) ni una estatua, ni un busto, ni una mezquina columna se ha consagrado al claro nombre de un paisano, honra de su patria, cuyas obras hacen la admiracion y la envidia del estrangero. Tal vez piensen en esto nuestros nietos cuando hayan transcurrido mas de dos siglos como acaban de hacerlo los castellanos con el inmortal Complutense, autor del Ingenioso Hidalgo. Mas ¿por qué nuestros nietos? ¿no cupiera honrarnos nosotros con tan digna empresa? En un pueblo donde se abrieron tantas suscripciones con objetos no mas dignos acaso, donde se erigió una fuente que en medio del sinnúmero de recuerdos que nos dejaron nuestras pasadas glorias, quiso dedicarse hasta á objetos de adulacion y de mentira, donde está ya principada una magnífica puerta y se proyecta decorar con otras fuentes las plazas y paseos ¿no cabría siquiera una lápida que transmitiera á la posteridad el nombre de Pignatelli? Los que tanto celaron el suyo antes de ahora, los aragoneses, nuestras corporaciones municipales, la proteccion misma de ambos canales, el Gobierno que no querrá desdeñar de que le llamemos atrayente y previsor; podrán ser indiferentes á nuestra insinuacion? No lo tememos. Si desgraciadamente sucediese así, á vosotros celosos creadores del LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO de Zaragoza toca apoyarla, tomarla mas bien sobre vuestros hombros: no olvideis el justo tributo que dierais á la gratitud, y el estímulo que ofrecierais á los talentos que os habeis propuesto desarrollar en la aplicada, ferviente y pundonorosa juventud que nos rodea. A vuestro seno pertenecemos, contad con cuanto sea dado á nuestros débiles conocimientos y al estado de nuestras fortunas. Si contra nuestras esperanzas, nos desois, nadie á lo menos podrá despojarnos del grato recuerdo que ha de dejar á nuestro periódico la idea consoladora de haber pretendido premiar de algun modo los pasados servicios, y estimular á otros nuevos á nuestros contemporáneos y sucesores.

J. M. E.

AL ARTISTA D. FRANCISCO ARANDA.

Gloria esperanza sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero
Que no importa vivir como el mendigo

(*) Con este nombre era conocido en Zaragoza su canónigo D. Ramon de Pignatelli.

Por morir como Píndaro y Homero.

Zorrilla.

Desciende Dios del Pindo en raudó vuelo
E inunda el alma mía,
Inflama al trovador un solo día;
Este solo no mas y vuela al cielo.
No cantaré los bélicos pendones
Ni la sangrienta guerra
Por la que Augusta insigne entre la tierra
Libre se ostenta sobre cien naciones.
Cantar tu gloria quiero: mi alma inspira;
Te lo demanda un hijo,
Que ante tu altar postrado te bendijo
Al son acorde de inesperta lira.
¿Oíste mi plegaria? Si: lo siento,
Porque la llama ardiente
Abrasa el corazón, quema mi frente,
¡Prez eterna al gran Dios! llegó el momento.
Era una noche del helado Enero,
La luna rielaba,
Y el vendabal con furia amenazaba
El albergue del noble y del pechero.
Nítida, bella y purpurina nube,
Esplendente, radiante,
Me arrebató del suelo en un instante,
Y al padre Febo contemplando estuve,
Mas rápida otra vez, el aire hendía,
Y un armonioso coro,
Mi pecho entusiasmó: cien arpas de oro
Me anunciaron el templo de Talía.
Polvo es la gloria y magestad humana
Con su grandeza y brillo,
¡Quién me diera el pincel del gran Murillo,
O el estro ardiente del feliz Quintana!
Multitud de columnas sostenían
Vastísimo palacio
Sus puertas tachonadas en topacio
Al herirlas la luz creí que ardían.
Un nuevo sol sus puros resplandores
Do quiera desplegaba,
Y en el cristal del templo reflejaba
Ornado de arabescos, y de flores.
Aromas del Eden vierten las fuentes,
Humo los pebeteros,
Embalsaman el aire mil floreros
Pasados sobre bases esplendentes.
De perlas y tisú rica cortina
Se descorrió a mis ojos
Y en tierra veneré puesto de hinojos
Al mismo Apolo con su faz divina.
Reclinado en un trono de brillantes,
Con dignidad las manos
Tendió á Blancas, Zurita y Jovellanos
Y estrecho abrazo demandó a Cervantes.
Ví también a Vihar, de Marte el rayo,
Cortés, Guzman el bueno,
A Gonzalo y Bazan hijos del trueno
Y al bravo, grande, y sin igual Pelayo.
De Zaragoza el nombre y de Gerona,
San Quintín y Pavia,
En caracteres de oro se leía
Sobre el pabes ferrado de Belona.
Murillo, Zurbaran, Goya, el Ticiano,
Y Bayeu y Corregio
Monstrábanse en redor del trono regio
Que presidia el númen soberano.
Su sien ornada de laurel y flores

También mis ojos vieron
A todos los que al mundo asombró fueron,
¡Artistas de mi patria! y escritores.
Mas luego Apolo de entusiasmo lleno
Alza su faz erguida
Y dejó mi razón sobrecogida
Al oírle esclamar con voz de trueno.
«Despierta del letargo pueblo Ibero,
Ceda a la paz la saña,
Y vuelva a ser mi predilecta España
Gloria y admiración del orbe entero.
Tornarás a los días de ventura,
De tu esplendor y gloria;
Y serán patrimonio de tu historia
Artes, ciencias, comercio, agricultura.»
Dijo y las nueve Musas refulgentes
Conducen un mancebo;
Un bizarro español, que al mismo Febo
Eclipsaba en sus formas esplendentes.
A muchos sabios que en el templo estaban
Llorar ví de alegría,
¿Por qué laten sus pechos a porfía?
Eran hispanos, y a su patria amaban,
El jóven entre tanto los pinceles
Recibe del Ticiano,
El genio creador del grande Apeles;
Y al lienzo anima su brillante mano.
¡Qué toques, qué verdad, qué valentía,
Qué tintas, qué ropages!
Claro obscuro, contornos y celages,
Todo era genio, luz, filosofía.
Heróicos pasages de la historia,
Usos, ritos, naciones,
Todo nos reveló: mil bendiciones
Se oyeron en el templo de la gloria.
Otra vez se alzó Apolo; y al momento
Los genios se postrarán
Y atentos á su voz todos callarán:
Y así dijo el Señor del firmamento.
«¡Artista! grande honor tu pecho goza,
Otro te he preparado
Tus lienzos que mi Templo han decorado
Pertencen de hoy mas a Zaragoza.
Contemplaste mi imagen veneranda,
Tal prez tu premio encierran:
Corre, artista español, vuela á la tierra
Y admire al genio creador de Aranda.
Si tu alcurnia pregunta el noble osado
Respóndele al momento,
Mi prosapia rico-home es el talento
Y en la gloria los genios me han criado.
Tus timbres, tus escudos, y tu nombre,
Y tu dorada cuna,
Dones son del capricho y la fortuna,
Yo soy genio inmortal! tú eres... un hombre.
De sacrosanta gloria mi alma llena
Estaba ya embriagada
Cuando la nube rápida y alada
Me lanza en otro vuelo a nuestra escena.
El pueblo al genio con delirio aclama
Y de entusiasmo henchido
Ver quiere al español favorecido
Por Apolo, las Musas y la Fama.
Aranda pareció: puro, radiante,
Traído de la mano
Por un ángel de amor del suelo hispano
De negros ojos, y gentil talante.
Miles de aplausos por do quier se oían,

«Laurel sobre su frente,"
Gritaba el pueblo en ademán ardiente,
«Rosa y laurel» las bellas repetían;
Y súbito exclamé con aire austero,
Y eco ardiente, profundo,
El cielo nunca vió, ni vera el mundo
Que al español esceda el extranjero.

M. G. y A.

LA SOCIEDAD.

Después que los hombres, abandonando la vida selvática, trataron de formar la sociedad, empezó en esta á dejarse ver el desarrollo de las pasiones cubierto hasta entonces con el velo de la inocencia. No podía menos de originar funestos resultados la aparición entre los mortales, de estos sus más crueles enemigos, que son origen suficiente para encontrar la causa de todas nuestras desgracias.

Si entre los primeros seres ya insinuándose estas por medio del orgullo ocasionaron semejantes desastres, ¿qué mucho que entre nosotros, insinuadas por todos los vicios, se desplieguen con tan furioso rigor y tiranía?

El carácter de hombres nos impele á apetecer la sociedad con nuestros semejantes; y esto mismo en que creíamos hallar delicias, desgraciadamente nos ocasiona las más veces, motivos de disgusto que nos patentizan lo desacertado de nuestros juicios, haciendo conocernos por experiencia, que en el trato social la mayor parte de los placeres son aparentes, á la par que los disgustos son todos efectivos.

A la juventud generalmente es á quien más alhaga la sociedad: pintada en su viva fantasía del modo más alhagüeño, promete dichas que por lo regular no cumple y oculta desastres que como anejos á ella no puede menos de repartir á los que la constituyen. Hallándose dotada de todo el prestigio suficiente para atraer hacia sí á los jóvenes inexpertos, forma con ellos el más crecido número de sus víctimas, haciéndoles sentir con la mayor inelencencia el peso de sus rigores.

Bien persuadidos de estas máximas algunos filósofos de la antigüedad exhortaban con grande entusiasmo á los jóvenes, á que no se deslumbrasen con las vanas promesas que el trato social les ofreciese. Catón repetía muchas veces á sus discípulos estas palabras: «La sociedad debe ser el principal estudio de los hombres; y del comportamiento en esta depende su felicidad.» Diógenes, no creyéndose con suficientes conocimientos para vivir en la sociedad, se ocultó de ella sin más objeto que estudiarla antes de ponerse otra vez al público. Carpócrates á pesar de su tiránica desmoralización gritaba en medio del Areópago: «Nuestro sostenimiento depende del modo de portarnos con los Atenienses: vivimos entre ellos, y si sus costumbres nos llegan á deslumbrar se derrocará nuestra autoridad como puente socabado por las aguas.» Séneca ha llamado varias veces injusta á la sociedad porque rara vez deja de serlo en sus decisiones. No se ocultó á este célebre filósofo que ésta siempre falta á la justicia conmutativa, esto es: sin atender al mérito de las obras y acciones, juzga por la calidad de las personas: máxima vil por cierto, y que tantos perjuicios acarrea. Inbuido Catón de estos mismos principios repetía muchas veces: «Mientras fueres feliz contarás muchos amigos; mas si la suerte te se mostrase adversa, todos te abandonarán.» Una cruel experiencia hizo desengañar á este poeta de lo que era efectivamente la sociedad, cuando en medio de sus desgracias se vió abandonado tal vez de aquellos que en tiempos más felices tanto le lisongearan.

Lo mismo que sucedió á Catón se repite sin cesar entre nosotros; por lo cual escusado es aducir más ejem-

plos para prueba de una materia en la cual cada ser desgraciado es una razón que aparece sin réplica, demandando con ayes dolorosos al cielo la justicia, que, entre los hombres no ha podido encontrar.

El tímido corazón humano nunca se atreve á echar en cara sus maldades al poderoso; no porque se oculten á su penetración, sino porque á su baja pusilanimidad opone un obstáculo insuperable el poder de aquel malvado: en este caso la razón vilipendiada y hecha esclava del temor cae desatendida debajo de los pies.

Éste mismo corazón del hombre que con tanta lenidad se nos acaba de presentar, se reviste de la tiranía más cruel, cuando se vé en disposición de residenciar á un desafortunado: en este caso nada se perdona, los más ligeros defectos son faltas gravísimas; y el justo rigor en fin, que con miedo vergonzoso ocultó al potentado, lo despierte con la mayor saña é ignominia contra un infeliz cuyo delito no es otro que su suerte desgraciada. ¡Carácter del corazón humano! Carácter digno de vilipendio y el más frecuente por desgracia entre los mortales!

Cuando guardaba Pandora en su funesta caja todos los vicios y maldades que podían afligir á los seres vivientes, se hallaba la sociedad con los atractivos más alhagüeños; pero desde aquel tan aciago día, en que corridos los cerrojos que aprisionaban á nuestros cruces adversarios se esparcieron por el orbe, y acometiendo con furioso ímpetu á todos los mortales fijaron su asiento en el corazón del hombre; desde aquel momento, decimos, empezaron los desaciertos entre nosotros, que sujetos á vivir en sociedad, servimos como de juguete á las pasiones, que despiadadamente nos tiranizan. Mas teniendo en nuestra defensa la razón, servirnos debe de escudo poderoso y de resguardo suficiente para ponernos á cubierto de cuantas alevosías nos fragúan nuestros enemigos.

L. M. D.

LA TORRE DE BABEL.

Era el amago de la confusión,
de la no inteligencia.—Larra.

Inútil en el hombre es el anhelo,
que de llegarse á Dios su mente encierra:
existe un muro, que entre tierra y cielo
puso el cielo con mengua de la tierra.

Vanamente se ostentan triunfadores
los que llegar creyeron á su orijen;
los hombres serán siempre admiradores,
por más altas ideas que cobijen.

Únicos seres, que pensar pudieran,
formólos Dios para que en él pensasen:
y, porque no orgullosos se engrieran,
coto puso, que nunca traspasasen.

Creyéronse un momento producidos
para mandar en su nativo suelo;
mas alzaron sus ojos atrevidos,
y ya intentaron repartirse el cielo.

Infantes todavía, no alcanzaban
á contemplarse á sí y á conocerse:
por eso en su demencia deseaban
en el éter fantástico perderse.

No sabían que al darles estructura
la misma mano que les dió existencia,
su orgullo derivó de tierra impura,
para más ostentar su omnipotencia.

Y fuertes contemplándose y temibles
en el mezquino mundo que habitaban,

los lazos desataron, que, invisibles,
a su padre y su Dios aun los ligaban.
Tendió el Señor su vista fulminante,
y en la tierra sus órbitas fijando,
abrió al punto el abismo honditronante,
cataratas y fuentes desatando.

«Arrepentir me hiciste, hijo precito,
caber hiciste en Dios arrepentimiento: (a)
tiembla por tí, que el último delito
hoy mezclarás con tu postrer aliento.

Si la gran sumersion alguien evita,
que al corrompido mundo he preparado,
es que mi triunfo al hombre necesita,
es que extinguir no quiero, si he criado.»

Dijo: y la tierra súbito escondióse,
que las fluctuantes ondas la cubrieron:
y tornó a aparecer, y Dios gozóse
cuando incienso los hombres le ofrecieron.

Mas orgulloso el hombre todavía
por haber al diluvio resistido,
creyó en una mision, que no tenia,
fijóse ya para mandar nacido.

Miró la vasta mole y el desierto,
y ambos cruzó con su inmortal mirada;
algo encontró su pensamiento incierto
digno de Dios; de su arrogancia nada.

Y prorrumpió: «crucemos este mundo;
sepamos si al de Dios acaso escede;
y si el nuestro miramos infecundo,
saciar nuestra ambicion el suyo puede.»

«¿En qué dudais? (Nemrod entonces dijo).
¿Temeis que otra vez Dios anegue al mundo?
¿no veis cómo a nosotros nos bendijo,
mientras del orbe se vengó iracundo?»

Corramos, pues: y nunca arredre el miedo
á quien venera Dios en su venganzat:
que iniciarnos no pudo con su dedo,
y puso el iris en señal de alianza.

Y... si olvidar fingiese su promesa,
y á saciar sus rencores se atreviere,
no ha de ser tan difícil nuestra empresa
de burlar el diluvio que nos diere.

Altíva construyamos una torre,
cuya cúpula llegue al firmamento,
y nunca nadie nuestro nombre borre,
mientras sirva ella al cielo de cimiento.

Si las aguas sumerjen nuestro mundo,
al cielo, denodados subiremos;
y surjiendo violentas del profundo,
rujir las olas con placer veremos.»

Calló Nemrod: los pueblos del Oriente
á las campiñas del Senaar, volaron,
y el Eufrates bramaba al Occidente,
porque su curso rapido insultaron.

Fanáticos los hombres y arrogantes
principio dan al grande monumento;
y el vasto plan que concibieran antes
descuella á poco por el vago viento.

Hélos allí: sus manos callecidas
al artista obedecen que las manda:
y ocho torres ya son las atrevidas, (b)
que altivas yerguen su cerviz nefanda.

¡Seguid alzando la gigante torre,

(a) *...et delebo omnem substantiam quam feci, de superficie terra.* Gen. Cap. 7 V. 4.

(b) *Segun conjeturas, apoyadas por Calmet, Scio y otros sabios.*

y nombre dad á la ciudad ramera!
dálas cima, Nemrod, que el tiempo acorre,
que ya oprobiosa humillacion te espera.

No mediste prudente la distancia
que del suelo a la bóveda existia,
ni computar pudiste en tu arrogancia
de tu loco proyecto la osadía.

Solo un compas conmensurar pudiera
de ese alcázar las justas dimensiones;
un Geómetra solo condujera
á término tan vastas invenciones.

¿Pensabas que a ese cóncavo azulado
la proyectada cúspide heriria?

¿Pensabas que ese Dios, en luz velado,
tu triunfo y su baldon toleraría?

Pronto veras como disperso el hombre
abandona la Torre comenzada,
sin dejar á las crónicas un nombre,
sin llegar á la bóveda azulada.

¿No oyes a Dios, que en carro diamantino
sus dominios inmensos va cruzando?
¿no le ves por el cielo cristalino
hacia la impura tierra cabalgando?

Tiembla ¡ay! que en tu zenit su carro para,
y desplomarse quiere en esa torre;
huye, que si el cimientto desquiciara...
con tu orgullo te hiriera: marcha, corre.

Mira si el mar entre sus hondos senos
de su rival consiente en ocultarte:
¡ay! que descende el padre de los truenos,
y con sola su voz puede matarte.

Cese ¡oh Nemrod! el pueblo; que se oculte;
que destruya de un soplo si pudiere
ese alcázar maldito; que sepulte
sus tiernos hijos, si salvarlos quiere.

La maldicion descende... mas ¿qué es esto?
¿qué pasa por el pueblo, que azorado
divaga sin cesar en rumbo opuesto,
y tornar se le vé mal de su grado?

No se entiende, se irrita, ¿qué sucede?
¿acaso tiembla por su espuesta vida?
¿vencido acaso de su empeño cede?
¿quién a abrirle llegó tan honda herida?

Rota está la unidad, el caos rige;
la armonia se huyó, que antes reinaba; (c)
nadie acentos concordés ya dirige,
nadie la torre de construir acaba.

La confusion, la confusion los hunde
¡Eterno patrimonio han conquistado!
¡Esa no inteligencia los confunde!
¡Esa fatalidad nos han legado!

Pecado habeis, impuros ascendientes,
pero pecado habeis para nosotros;
aun Babels existen, que, impotentes,
pueblos y reyes alzan cual vosotros.

La ignorancia, tiranos, nos dejasteis;
El caos, la fatal filosofía:
¡gracias! ¡¡gracias!! con ella nos legasteis
para eterno baldon la tiranía. G. B.

EMBESTIDAS POÉTICAS.

Sin que lo estrañen mis lectores, diré que cuando
veo algunas anomalias de este siglo diez y nueve, me

(c) *Erat autem terra labii unius.* Gen. Cap. 11.
V. 1.

voy persuadiendo de cada vez mas, si será ó no (al menos en la parte que á cierto género de poesía toca) el de las anomalías y embestidas.

Las primeras todo el mundo las vé y las critica, causa por la cual nada diré yo acerca de ellas, ansioso como estoy de no incurrir en la nota de plagiario. A las segundas voy, á las segundas. Saben VV. por qué?... Ya oigo contestar que no es este un logogrifo de tan fácil solución. Yo expondré pues el motivo que me induce á hablar de embestidas.

No se crean VV. son las que suceden en las Plazas de toros, nada de eso; estas son de animales á hombres ó de hombres á animales, y las que voy á citar son de hombre á muger ó viceversa. El hombre que menos conozca las ideas poéticas de este siglo, al que á menos papeles de literatura y política esté suscrito, finalmente el que tampoco lea si es muy pocos de estos dejará de conocer que digo verdad.

¿Quién de VV. no habrá visto algunas composiciones amorosas segun parece con el epigrafe ó dedicatoria tan decantada «A ELLA!»...? Respóndame VV. que no, y si eso dicen les planto mas de ciento que tengo copiadas. Suponiendo que han dicho VV. sí, discurremos sobre el particular.

Entre las muchas composiciones que vemos en nuestros dias buenas, bonisimas, y que verdaderamente matizan de gloria nuestra época, hay otras que hechas por la innumerable turba, que á fabricar versos se dedica, rompen, destrozan y anonadan nuestros mas fuertes tímpanos. De estas me propongo hablar, de las que gozan en el siglo literario grande reputacion por parte de los que son un poco mas idiotas que sus autores, de esta muchedumbre que logra dar á luz sus producciones solo porque los periodistas se aprovechan de ellas para llenar los vacios ó claros de sus periódicos, de los que con este motivo se engrien y dan tono que es un portento de Dios! de los que juzgan con sus escasos y cortos conocimientos (asi dicen) de todo fiel cristiano, que escribe alguna cosa mejor que las de ellos, de estos en fin que son llamados literatos tan solo porque han hecho una decima, octava ó epigrama.

Cuádranse los tales en lo que llaman su bufete ó mar donde naufragan sus ideas, toman papel y mojando la pluma en el tintero pónense á escribir versos. El asunto todavia no le tenian pensando y por lo tanto como asunto mas á la mano ó diario escriben á una muger. En cambio de la cruz, que nuestros abuelos ponian por encabezamiento, colocan ellos con unas letras gordas como ciruelas «A ELLA!» Ya los tenemos en campaña y como el soldado que oyendo romper el fuego en una accion, saca un cartucho y lo coloca en el fusil, para aumentar el estrépito de los tiros á la par que vencer; ni mas ni menos hacen ellos, salva la diferencia que aquellos tiros aprovechan, y estos solo sirven para presentar mas claramente á la vista sus atrocidades poéticas. Por el encabezamiento ya se conoce van á escribir á una muger, porque las mugeres son las que se llaman ellas, (cuando se hace con pronombres demostrativos), y como á una muger cuasi siempre un poeta y quien no lo sea hablan de amor, todos nos figuramos que de ello van á hablar. Pero no señor. Ellos bien dicen que de amor hablan, mas nosotros no vemos tal cosa en sus escritos, porque que de amor es decirle á una muger, *Maldicion! Infierno! Sombras! Capuzes! Horror!* y otras cosas de este jaez. ¿Qué se le dá á ella que su *doncel* haya soñado estaba en la orilla de un lago, internado en un bosque, y que allí cien fantasmas, catorce duendes, ochenta y seis vampiros y una cohorte ó escuadron de genios le anunciaron seria desgraciado si no tenia un amor.... pero horroroso? Ya se vé si nuestras hermosas conocieran que cuando dicen *horror* es por haberles venido bien para el consonante *amor*, é *infierno* para.... *cuerno*, y

asi de los demas disparates, reirian y esclamarian con Quevedo:

«!Oh ley del consonante dura y recia!

Pues al contrario; se figuran que aquello es amor y no el de los amantes y maridos clásicos; que aquello es bizcocho y el pan piedras, y de este modo hacen una mezcla de piedras, bizcocho y amotes que tragandose la no la digieren á cuatro partes de tirones. Yo creo sea esta la causa principal de que ellos se alienten para mas escribir y tambien parte de la que hace ser á algunas de las jóvenes como son.

Ademas, si se mira la cuestion por su lado risible, ¿qué sacamos en limpio de la embestida «A ELLA?» A mí al menos me parece que esta exclamacion mas propia es para dirigirse á los perros, pues cuando yo azuzo el mio á alguien le digo: «á ese! chucho, á él!» Aquí no hallo mas diferencia si es en el género del azuzado: supongamos que echo mi perro á reñir con una perra, y le digo «á esa! chucho, A ELLA!» Tendremos por único resultado que diré á mi perro lo que el poeta á su bella.

Este es un abuso que en parte se ha corregido, pero todavia falta que desaparezca del todo. Yo en lo que he podido me he reido algunos ratos con él, y ahora mismo ven VV. que lo he hecho en estos que, si malos renglones, como tales los dedico «A ELLOS.»

J. M. C. y M.

A la estudiosa juventud de Zaragoza.

ODA.

Tus pasos, juventud zaragozana,
De la gloria inmortal al templo guia;
Que aunque escabrosa su difícil via
Bien hollada esta ya por gente hispana.
Allí el laurel te espera
Que coronó á Murillo, Rebollo
A Gongora y Herrera,
Prudencio, Erecilla, Calderon, Quevedo
Y al sin igual Cervantes,
Envidia de estrangeros arrogantes.
Brinda a las artes tu nativo suelo
De flores rico y de eternal verdura
Y un horizonte en torno de hermosura
Formas mil las presenta por modelo.
Tan deliciosa vega
Deleita el corazon, la mente exalta,
Y rapida la lleva
A la region que el Hipocrene esmalta,
Donde fúlgida llama
De inspiracion heróica la inflama.
¿Qué fueran sin las artes los humanos?
Sin su influjo ¿dó entonces se encontrara
De la divinidad la obra preclara
La hechura bella de sus propias manos?
Errantes, fugitivos;
Sin sociedad, sin patria, sin costumbres,
Tal vez los rayos vivos
Huyéramos de luz; y allá en las cumbres
De montes elevados,
O en oscuras cavernas ignorados.
Toquéramos el fin que esta preserito
A lo humano en el alto firmamento,

Sin que apenas un solo monumento
Quedase al mundo por memoria escrito.

¿Y este el hombre sería?

¿Este el ser superior de la natura?

¿Qué diferencia habría

Del bruto a la perfecta criatura,

Si rápido en su mente

No revolara el entusiasmo ardiente?

Mas la vista tendamos por do quiera,
De los hombres las obras contemplemos

Y al Genio penetrar audaz veremos

En la insordable altura de la esfera.

No de barro grosero

Es ya su habitacion; porfiro y oro

Resaltan con esmero

De su esplendente estancia en el decoro;

De marmoles brillantes

Construyendo los fuertes sustentantes:

De ebúrneo marfil informe masa

Tierna doncella, que el amor inspira,

Su cincel labra; y a que sienta aspira

El voraz fuego que su pecho abrasa;

Con dulce melodía

Infunde vida en la materia inerte;

En métrica armonía

Al triste alegre, volcaniza al fuerte;

Superando a natura

Si maneja la magica pintura.

Tal es el Genio que nació en Egipto

Y meció Grecia en laureada cuna,

Hasta que hundió inconstante la fortuna

Su libertad y el griego fué proscripto.

Las aguilas romanas

Sobre sus alas luego le ampararon:

Cobijaronle ufanas:

Triunfantes por dó quiera le llevaron,

Y en pos de la victoria,

Con la de Roma eternizó su gloria.

La dicha de estos pueblos florecientes

Miró la envidia con fruncidos ojos;

Siendo de su poder tristes despojos

Los que antes eran del saber las fuentes.

Se alzó la tiranía,

El mundo todo subyugó á sus leyes;

Las artes sin valia

En tanto fueron déspotas los reyes;

Que para el Genio alzarse

Con santa Libertad ha de hermanarse.

Tébas, Corinto, Atenas ¿qué se hicieron?

¿Dónde estan sus artistas creadores?

¿Y los sabios, los grandes profesores

Que en la invencible Roma florecieron?

Solo á la edad presente

Ruinas y polvo son sus monumentos;

Pero alzase elocuente

Del centro de vestigios y fragmentos

Inextinguible llama,

Símbolo venerando de su fama.

Felz la patria donde libre vuela

El Genio por las leyes respetado

Y del monarca al rústico acatado,

Al apogéo de su triunfo anhela.

No insensato profana

El orgullo su fértil superficie;

Ni la ignorancia vana

Se entrega al ocio y a la vil molicie;

Porque todos se instruyen

Y al órco el vicio y sus secuaces huyen.

Al órco, sí; donde su imperio tiene

Tan solo la sublime inteligencia,

De la virtud preciosa la escelencia

Culto y adoracion del Genio obtiene.

Cual reptil venenoso

Rastrea el torpe vicio por el suelo;

La virtud, sol hermoso

Girando refulgente allá en el cielo,

Mas facil es que hiera

A quien divaga en la infinita esfera.

No es la mision del hombre únicamente

Vivir y vejetar: mayor destino

Le imprimió en su razon el Ser divino;

Y su deber cumplirlo diligente.

La flor que su pie huella,

Cuanto ostenta el inmenso firmamento,

La mas débil estrella,

Si ejercita su vasto entendimiento,

Puede lanzarle altiva

A una region en donde eterno viva.

El tiempo pues, precioso no se pierda

Juventud saldubense: ya la liza

Con ansiedad se aguarda; patentiza

Que eres tan sabia cual valiente y cuerda.

Sigue la voz divina

Que en la elevada cumbre de Helicon

Un sitio te destina

De mas valor que mundanal corona;

Y puedan tus loores

Enmudecer á viles detractores.

Tú, bello sexo hermoso, obra maestra

De la Divinidad al sexto dia,

Tus gracias y tu amor sirvan de guia

Al científico ardor en la palestra:

Cuando el jóven orlada

Su frente de laurel gozoso vea,

Bendecira la amada

Impulso de su artística tarea;

Te admirará consigo

Y su corona partirá contigo.

T. C.

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE ZARAGOZA.

Sesion del 30 de Junio.

Por causas que no estuvo en manos de la junta gubernativa prever, se suspendió la sesion, que para obsequiar á SS. MM. y A., en su paso por esta ciudad, habia dispuesto el Liceo de Zaragoza. Sensible fué á la verdad que la protectora del de Madrid no pudiera gozar con el espectáculo mas digno de su persona, con el que el Liceo le ofreciera; y tanto mas sensible á todos ha sido, cuanto que la Reina Gobernadora, artista de mérito tambien, manifestó vivísimos deseos, y notable deferencia hacia el nuestro, el cual muy honrado quedára con la presencia de las augustas personas.—Circunstancias particulares se opusieron á la general ansiedad, y ya el presidente interino en la junta posterior á la sesion á que aludimos, ha dado una satisfaccion pundonorosa, con que los socios se han conformado.

Para dar pruebas, en contra de esa aparente apatía, se precipitó la sesion del 30; y en tanto grado, que hubo socio, cuyo pundonor le obligó á improvisar aquella misma tarde la composicion que por la noche habia de leer, y que profundas meditaciones requiriera. Pero dióse la sesion, y lo mas notable de esta capital se apresuró á concurrir á ella, por lo cual inútil es decir que fué brillante, porque elementos hay para que en Zaragoza lo sea.

Dióse principio á la *primera parte*, cantándose con inimitable perfección, por el Sr. Loscos y demas socios, una aria de Oroboso con coros. Muy bien nos pareció, muy bien, y no menos la del maestro Saldoni, cantada despues por la señorita Alberola, con dulcísima espresion, despejo y propiedad.

Leyó á continuacion D. Gerónimo Borao una oda á la *torre de Babel*, que, como las demas que se leyeron, verán hoy nuestros lectores, y de todas las cuales nos abstendremos de hablar, tanto por hallarse sus autores en la redaccion de este periódico, cuanto porque, sujetas al fallo del público, no estamos autorizados para usurpar esta propiedad.

Siguió un duo del Belisario, cantado por los Sres. Perez y Loscos, con la brillantez que de tales jóvenes, los mas aventajados tal vez en esta ciudad, debia esperarse. Y á continuacion D. Mariano Gil y Alcaide leyó una oda titulada: *recuerdo de gratitud á D. Francisco Aranda*; terminándose la *primera parte* con una aria de Gabriela de Bergi, arrebatadoramente cantada por la señorita Yoldi.

Abrióse la *segunda parte* con unas variaciones al piano, á cuatro manos, por los Sres. Meton hermanos; perfectamente ejecutadas fueron y agradaron mucho á los inteligentes. Omos despues de ellas una oda, dedicada por su autor D. Tomás Chic, á la *juventud zaragozana*; y á ella siguió un duo del Elixir de Amor, en que tuvieron ocasion de lucir sus talentos los ya ventajosa y repetidamente citados ahora, señorita Yoldi y Sr. Perez.

Dóse fin con una aria coreada del Belisario, que ejecutó bellísimamente la señorita Berbiela, dignamente acompañada por las demas socias de la seccion.

Congratulámonos con todos los que en esta sesion tuvieron parte, pues de ella salimos muy satisfechos y abrigando muy lisonjeras esperanzas; y esta es la ocasion para hacer honorífico recuerdo de D. Florencio Lahoz, cuyo entusiasmo artístico, al par que su mérito, han contribuido en mucha parte á la brillantez, con que se ha presentado la seccion de música. Las bellas estuvieron bellas, fueron el ornato de la concurrencia; pero las que de sus talentos hicieron vistoso alarde no necesitaban ser bellas para merecer nuestros elogios: felizmente reunian ambas cualidades, y si su encantadora voz hirió mágicamente nuestros tímpanos, sus tiranos ojos hirieron, que es mas, nuestro corazon.

El Liceo de Zaragoza va tomando un carácter respetable; pero, con dolor lo decimos, está heroicamente luchando con las grandes dificultades, que á su desarrollo de continuo se oponen. Parte de los jóvenes y de otras notabilidades no ha acudido al noble llamamiento, que otra mas entusiasta ha hecho á los zaragozanos. ¿A qué atribuir esta indolencia, este apático desden? ¿Quieren que Zaragoza no cña los laureles de Minerva? Pues los cñará, mientras haya una juventud ardiente y personas respetables, con alma juvenil, cuando de las glorias de Zaragoza se trata. ¿Temen la disolucion del Liceo? No auguran tal las dos sesiones ya celebradas; ademas de que si esto sucediese, seria por falta de acogida, no por haber tibia ni infelizmente principiado. No se crea que abrigamos temores acerca de la estabilidad del Liceo, no; pero hemos querido de paso dar una voz á los zaragozanos: penétrense del influjo que las ciencias y aun la sociabilidad sola ejercen en la felicidad de los pueblos: si hemos derrocado á la hidra que nuestros adelantos impidiera, demos ahora cima á este edificio de la ilustracion que levantamos. Todas las tendencias literarias deben tener en Zaragoza favorable, entusiasta acogida.

FLORESTA.

LICEO DE HUESCA.

La seccion de declamacion del mismo va á poner en escena un drama nuevo, en cuatro actos, en prosa y verso, titulado: *Doña María de Lastanosa*, obra de un socio del mismo Liceo: su argumento está sacado de la historia de Aragon y especialmente de la de la ciudad de Huesca: cuando llegue á nuestras manos la referida obra, haremos un analisis de ella á fin de que lleguen á noticia de nuestros suscritores las bellezas que contenga.

El superior de un hospicio fue á hacer inspeccion del departamento de los locos: al llegar al aposento de una desgraciada á quien habian vucito el juicio las novelas, esta esclamó: «yo soy la flor del desierto, el sueño de la noche de boda, la virgen de los primeros amores. Yo soy Atala.» Atala, dijo el superior al loquero.

Alfonso 5.º rey de Aragon, decia que para que fuera bueno un matrimonio, el marido habia de ser sordo y la muger ciega.

Decia D'Alembert, que los favores de la fortuna son como aquellas rocas esarpadas, á cuya punta solo pueden subir las águilas y los reptiles.

El dia en que el emperador Tito no habia hecho feliz á alguno de sus súbditos, esclamaba: «*Diem perdidit amici*: hé aqui un dia perdido, amigos míos.» Lo mismo decia una hermosa dama de tierno corazon, aunque en otro sentido muy diferente.

Tratándose del derribo de la parroquia del Salvador por su estado ruinoso, acordó el Excmo. Ayuntamiento de Madrid que se trasladasen á lugar decoroso las cenizas del gran poeta dramático Calderon de la Barca, que descansan en aquel templo. Esto fué el 21 del mes pasado, y seis despues, sabiendo ó no sabiendo la mocion del Ayuntamiento, aparecen al público dando cuenta de su plan, tres ciudadanos para trasladar los huesos del mismo poeta al cementerio de una Sacramental.

Sabemos que el Ayuntamiento celoso de las glorias de Madrid y no consintiendo ceder á particulares el obsequio de uno de los españoles que mas han ilustrado este suelo, ha mandado suspender la ceremonia que algunos trataban de hacer por sí solos y que ya tenia acordada con antelacion: é invitando á los tres ciudadanos para que se unan á la corporacion como á todas las demas personas que gusten, se ocupa en los preparativos de un acto en cuyo honor se interesa Madrid, y por consiguiente sus representantes legitimos, los individuos de su Ayuntamiento constitucional. Los ciudadanos que intentaban la traslacion, se han puesto de acuerdo con la corporacion municipal.

E. del C.

Teatro.

Se está ensayando para ponerse en escena, á beneficio de los Sres. Hernandez y Satamino, el drama original en 4 actos, titulado: *Doña Blanca de Navarra*; obra de D. Ignacio García Ontiveros. Esperamos que los beneficiados contribuirán al feliz éxito de esta produccion, cuyo analisis haremos probablemente en el próximo número.

E. R.=A. U. Roquer.

Zaragoza. Imprenta de Peiro.=Coso núm. 116.